

La muerte en una sociedad tradicional: Los sectores populares de San Carlos

*Cristián Leal Pino**

INTRODUCCION

No es común el análisis de fenómenos sociales en ciudades pequeñas de nuestro país. Pocas veces la historiografía chilena ha reparado en ellas, a no ser que la ciudad haya tenido históricamente un papel importante en el devenir del país.

Sobre estas ciudades se ha ido creando una imagen estereotipada en el sentido de que el tiempo pareciera no pasar, que sus habitantes siguen realizando siempre las mismas cosas y que sólo están dispuestos a asimilar el progreso material. Sin embargo, una lectura más profunda nos permitirá observar cómo en el ámbito de las mentalidades estas sociedades tradicionales se abren a los cambios, específicamente en lo relativo a sus tradiciones y costumbres.

Afortunada o desafortunadamente, la modernización se está haciendo presente. Para José Joaquín Brunner está ha dejado de ser una elección para convertirse en un hecho de nuestra época que no se puede obviar. Viene de la mano con la globalización de los mercados y de la democracia, con la expansión de la educación y de las industrias culturales, con la ampliación de las expectativas de consumo y mutaciones de los valores, con los cambios en la estructura demográfica y familiar de la vida en general¹. Este proceso modernizador no sólo es perceptible en las grandes urbes del país, también es una realidad, aunque en menor grado, en las ciudades pequeñas.

Pero no todo es progreso y bienestar en este proceso de modernización

* Profesor de Historia de Chile del Depto. de Historia, Geografía y Cs. Sociales, Universidad del Bío-Bío.

¹ BRUNNER, JOSE JOAQUIN, *Bienvenidos a la modernidad*. Editorial Planeta, Santiago, 1994, p. 17.

que vive el país. También existe el riesgo de convertir al hombre en un sujeto abstracto y puramente formal. Sin embargo, este proceso no se puede frenar quedando como alternativa válida el asumirlo reflexivamente, utilizando en forma adecuada los mecanismos de que dispone la sociedad, como por ejemplo, la escuela, la televisión, el mercado².

Un punto importante de esta modernización es precisamente que ha afectado y sigue afectando los contextos tradicionales, como la familia, la comunidad local, la religión y las tradiciones³, los cuales día tras día están sufriendo cambios significativos, que en las ciudades pequeñas, más conservadoras por cierto, son menos perceptibles, pero reales al fin. Estos aspectos que forman parte de la tradición de una localidad, han ido cediendo ante el avance de la modernización. El cambio que éstos han sufrido es innegable. Si nos detenemos en las tradiciones observaremos que éstas han visto erosionadas sus bases por la difusión de un nuevo modelo de conocimientos, por el bullente cambio en las tecnologías y por los nuevos ídolos que pueblan nuestra imaginación⁴.

Quien nos brinda una imagen distinta de las repercusiones de la modernización que vive el país actualmente es el sociólogo Tomás Moulian en su reciente libro titulado *Chile Actual: Anatomía de un Mito*. En los capítulos tercero y cuarto (El paraíso del consumidor y la violencia en la ciudad) manifiesta los aspectos negativos de este fenómeno para la sociedad. Para Moulian el país en el último tiempo ha tenido “una estrategia discursiva de exaltación de nuestra modernización” pero la realidad es otra ya que “nos decimos modernos, pero vivimos la mezcla de una infraestructura pobre con un ingenuo provincialismo mental”⁵. “La idea de que somos moderno-modernísimos se asienta, se expande, se populariza, recibe el apoyo benevolente de observadores extranjeros, probablemente interesados en la suerte de sus inversiones y también de un importante segmento de nacionales”⁶.

En relación a Santiago, el autor señala que si bien vivimos en una ciudad modernizada, con edificios inteligentes, algunos de ellos verdaderas esculturas de vidrio nuestra calidad de vida no ha mejorado: “Ni siquiera los ricos viven en mejor calidad de vida que antes del empujón modernizador... el deterioro de la calidad de vida para los sectores populares es evidentemente mucho mayor”⁷. Es, sin duda, una lectura distinta del Chile actual.

El impacto de la modernización en ciudades de menor renombre y jerarquía se aprecia fundamentalmente en lo material. Es impresionante como ha aumentado del parque automotriz, los supermercados, las tiendas comerciales, en número de

² Ibid, pp. 21-22.

³ Ibid, p. 35.

⁴ Ibid, p. 36.

⁵ MOULIAN, TOMÁS, *Chile actual: Anatomía de un mito*. Editorial LOM, Santiago, 1997, p. 98.

⁶ Ibid, p. 99.

⁷ Ibid, p. 126.

líneas telefónicas, las calles pavimentadas, la incorporación de semáforos en las arterias principales, la computación en los servicios públicos y empresas particulares, etcétera. Pero ¿qué ha ocurrido en el plano de sus costumbres y tradiciones? ¿Es posible observar algún cambio de mentalidad en sus habitantes, o todo se reduce a simples cambios materiales? interrogantes que en este estudio pretendo abordar.

Muchas son las ciudades de Chile que han experimentado el impacto de la modernización, pero poco sabemos de ellas. Afortunadamente en la actualidad las universidades regionales están haciendo mucho en este ámbito, ejemplo de ello son los proyectos y seminarios de título que año tras año realizan profesores y alumnos con la finalidad de contribuir al desarrollo de la historia regional.

Por ello el presente trabajo pretende analizar a través de la muerte, cómo una ciudad pequeña y tradicional, también está viviendo su propia modernización y con ello una serie de cambios en las tradiciones y en la mentalidad. Específicamente me centraré en la ciudad de San Carlos de Itihue, fundada a comienzos del siglo XIX por el español Joaquín del Pino y Negrete⁸. En las páginas de nuestra historia, San Carlos, sólo se menciona con ocasión de un combate ocurrido en tiempos de la independencia⁹.

En este estudio la muerte interesa como un fenómeno social más que biológico; observar como ella se ha ido deshumanizando con el progreso científico y tecnológico, al punto que pareciera no existir el derecho a morir y que la decisión última dependa de un equipo médico más que del afectado y sus familiares directos. A esta realidad Philippe Ariés la denomina hipersocialización de la muerte. Concretamente, lo que viene a presentar este estudio es el fenómeno de la deshumanización o hipersocialización de la muerte en los sectores populares de San Carlos.

En relación a las fuentes y bibliografía consultada para el estudio se pueden indicar: los *Libros de Estadística del Cementerio Municipal de San Carlos*, específicamente de los años 1951, 1961, 1971, 1981 y 1991. De allí se obtuvo información relativa al sexo, edad, causa de muerte, lugar de entierro y el valor de la sepultura. Otra de las fuentes correspondió a los *Archivos del Departamento Social de la Municipalidad* local, específicamente aquellos que van del N° 1 al 33, y que abarcan los años 1991, 1992 y 1993, donde se encuentran fundamentalmente fichas de antecedentes y visitas domiciliarias realizadas por las asistentes sociales que tiene la Municipalidad de San Carlos. También se indagó en los *Archivos de la Parroquia Trinitaria* de la ciudad, donde se revisaron los Cuadernos de Anotaciones. En dicha fuente se registran las coronas de caridad en memoria del difunto. Finalmente, también se contó con el testimonio de personas que conservan vivo el recuerdo de las tradiciones locales y de los sepultureros que por años laboran en el Cementerio.

⁸ Joaquín del Pino Rosas y Negrete nació en Baena, España, el 20 de enero de 1729. Fue nombrado gobernador de Chile en 1798 por Real Cédula de Carlos IV. Su gobierno comprendió entre los años 1799 y 1801. En Santiago se preocupó de reiniciar las obras del río Maipo y algunos adelantos urbanos. En el sur del país, y con fecha 3 de julio de 1800, fundó el pueblo de San Carlos de Itihue, en *Diccionario Histórico de Chile*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1980, pp. 455-545.

En relación a la bibliografía consultada destacan los trabajos de Philippe Aries, Gérard Vincent, J. C. Chamboredon, C. Herzlich, D. Pouillard y Manuel Hernández¹⁰.

En Chile los escritos no abundan pero los primeros en abordar el tema han sido Diego Barros Arana y Mario Góngora. El primero presenta el entierro de los muertos durante la época colonial y el segundo nos habla de la cremación funeraria como manifestación de símbolos y rasgos de psicología colectiva. Góngora fue el primero en Chile en usar las modernas metodologías historiográficas para aplicarlas al estudio de la muerte. En los últimos años Isabel Cruz ha dedicado especial atención al tema de la muerte, cuyos resultados han sido publicados en la serie Arte y Sociedad en Chile de la Universidad Católica de Chile.

LA MUERTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Hablar de la muerte no es fácil, más aún en nuestro tiempo. Sin embargo, es un tema que no puede estar ausente ya que es una realidad cotidiana. En el último tiempo no sólo historiadores han reparado en ella, sino también otros profesionales, que con motivaciones diversas, por cierto, se han preocupado de indagar en los efectos directos y colaterales que produce la muerte en el ser humano, como lo es la Psicología, la Sociología y la Medicina.

Según estos últimos profesionales, la muerte no tiene cabida en la sociedad actual. Esta sentencia la observamos con más claridad en la juventud. Los jóvenes del mundo de hoy no tienen real conciencia respecto a lo que significa la muerte, no hay una preparación adecuada para pensar en el fin de la vida terrena. En este sentido, los psicólogos han manifestado sus apreciaciones; por ejemplo, la psicóloga Pilar Correa, especialista en adolescentes y jóvenes, señala que “es absurdo que un individuo que tiene un cuerpo que le responde piense que vive para morir”¹¹ y que sólo cuando la muerte le llega a un ser muy cercano merece una reflexión y un cuestionar la existencia. Es como si se viviera en la inconsciencia¹².

⁹ San Carlos obtuvo el título de ciudad el 9 de julio de 1865 y en la historia del país aparece ligada al combate de “San Carlos” ocurrido en las afueras del pueblo en 1813. Participación destacada tuvieron Juan Francisco Sánchez (realista) y José Miguel Carrera (patriota), en *Diccionario Histórico*, p. 535.

¹⁰ Por ejemplo PHILIPPE ARIES ha escrito *La muerte en Occidente*, Argos Vergara, Barcelona, 1982 y “La muerte invertida, el cambio de las actitudes ante la muerte en las sociedades occidentales”, *Archives européennes de sociologie*, 1967, tomo VIII. GÉRARD VICENT “Una historia del secreto,” *La vida privada en el siglo XX*, tomo 9, editorial J. C. CHAMBOREDON “La restauración de la muerte, objetos científicos y fantasmas sociales”. *En Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 2/3, junio de 1976. C. HERZLICH “El trabajo de la muerte”, *Anuales E. S. C.*, enero/febrero 1976. D. POUILLARD “El derecho a vivir la propia muerte”, *Enciclopedia Universalis*, 1976. MANUEL HERNÁNDEZ, *La muerte en Canarias en el siglo XVIII*. Centro de la cultura popular Canaria. Canarias 1990.

¹¹ Diario “*La Tercera*”, suplemento “La Escalera”, domingo 27 de enero, 1994.

¹² *Ibidem*.

Pero dicha realidad no sólo es propia de la juventud, sino que es algo que está presente en prácticamente toda la sociedad. Para la psicóloga Ada Contreras nuestra “sociedad está dormida. No es una sociedad que se informe sobre la muerte, tampoco habla sobre ella, sino que la entierra, no quiere saber nada... Como tema, la muerte no existe para la sociedad, no se sabe cómo es ni cómo hay que afrontarla ni cuál es la actitud correcta frente a una persona moribunda”¹³. Para Pilar Correa esta actitud tiene una explicación que está relacionada con el sentimiento de omnipotencia e ignorancia sobre el riesgo y el peligro, lo cual impide ver la muerte en las acciones que emprendemos, existiendo así una especie de inmortalidad, especialmente en los jóvenes¹⁴. En síntesis, la muerte hoy en día puede ser entendida y justificada en un adulto, pero en un joven algo incomprensible y fuera de lugar. Quienes viven más en contacto con la muerte, como los médicos, los sepultureros y los sacerdotes, también han entregado su particular visión de la muerte.

En estas personas la muerte produce sentimientos encontrados cada vez que se enfrentan a ella por su trabajo. Sin embargo en todos ellos hay un punto de convergencia cual es la valoración de lo que se tiene y un deseo de vivir más intensamente cada instante de la vida, donde la búsqueda de la felicidad se constituye en el elemento central. Tomaremos un par de ejemplos.

Para Viviana San Martín, médico, especialista en Tanatología, con más de quince años estudiando a los muertos en el Instituto Médico Legal, y develando con exactitud científica las causas de muerte, le ha significado tener una postura positiva frente a la vida. Ella ha manifestado respecto a su trabajo que “me acerco más a la vida y aprecio ese instante único de sentirme viva... me siento mucho más sensible”. Luego reflexiona y agrega: “La muerte es lo único seguro que se tiene en la vida, pero el ser humano lo desconoce; y eso lo agobia... Vive constantemente preocupado de la felicidad que va a llegar cuando se cumplan plazos... Mientras no concluye esa condición es desgraciado. Cuando se cumple, resulta que igual te agobian otras esperas”¹⁵.

Para los sepultureros su trabajo también adquiere connotaciones especiales. Estos hombres, que viven en medio de laberintos tétricos temen más a los vivos que a los muertos. Es un oficio desarrollado en nuestro país fundamentalmente por hombres ya que las mujeres se dedican a cuidar las tumbas. Para los trabajadores del cementerio local, su principal preocupación no es la muerte en sí, más bien es el dolor de sus familiares, el pensar, mientras se entierra un occiso, que sus seres queridos experimentarían el mismo dolor que están percibiendo en los dolientes del ser humano desconocido que llevan a la tumba. ¿Qué pasará con sus familiares después de su partida? Merece una reflexión. El testimonio de uno de ellos evidencia lo señalado: “Soy un hombre que he dedicado mi vida al cementerio, llevo trabajando aproximadamente veinte y cuatro años. Respecto a mi labor, ésta consiste en llevar las urnas a las fosas cuando hay un funeral. Para mí la muerte

¹³ Ibidem.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Diario “La Tercera”, “Reportajes”, domingo 10 de abril, 1994.

es un momento de la vida que nos llegará a todos. Lo que más siento de todo ello es que mi familia sufra”¹⁶.

El sacerdote es otro de los personajes que con frecuencia está con aquellos que pronto partirán de este mundo. Su labor tradicional ha sido auxiliar espiritualmente al enfermo, extremaunción. El Concilio Vaticano II, realizado en los años sesenta del presente siglo, le denominó a este auxilio espiritual Unción de los Enfermos. Con este cambio de nombre, la presencia de un sacerdote en la casa del enfermo, en un hospital o una clínica, ya no es necesariamente sinónimo de muerte.

Estar junto a quien va a morir no es nada de fácil y quien da fe de ello es el padre Ignacio Campos, un sacerdote que ha tenido muchas experiencias en este ámbito en Santiago. Confiesa que en ocasiones ha quedado con tristeza cuando el enfermo no se ha ido en paz. “Me ha tocado ver al enfermo que se rehúsa a morir. Lloro porque no quiere y se le nota en el rostro la desesperación... Estar cerca de la muerte es algo que vivo todos los días. He visto morir en una cama de hospital y cuando el enfermo no se ha ido en paz es triste, quizás demasiado”¹⁷.

Para los historiadores el tema de la muerte es de reciente data, aproximadamente treinta años, sin embargo hoy está de moda. Son cada vez más los trabajos que hacen alusión a la muerte directa o indirectamente. Siguiendo la bibliografía consultada para el estudio podemos aventurar algunas consideraciones.

No siempre se ha muerto igual. En los siglos que anteceden al actual se moría como se nacía: en una habitación en la cual habían muchísimas personas, hasta el punto de que los médicos de la época, que creían en las “virtudes del aire”, ordenaban salir a esta multitud, abrir las ventanas y apagar los cirios. Sólo a partir de los años treinta del presente siglo, y en los Estados Unidos, se empieza a morir no tanto en la propia casa como en el hospital o en la clínica¹⁸. Nace así, según Philippe Aries, la sociología de la muerte y desde entonces, el decoro prohíbe cualquier referencia a la muerte, se habla de ella como si no existiera. Sólo hay gentes que desaparecen “ya no son los niños quienes nacen sin que se les desee, sino los muertos los que desaparecen entre las flores”¹⁹. En nuestra sociedad con frecuencia se oculta al enfermo grave y todo el mundo se alegra de que no se haya visto morir. Se priva al moribundo de su muerte y a la sociedad de su duelo. Se llora en privado²⁰.

Como lo indicáramos, ya no se muere en el hogar sino que en el hospital. En Francia, y siguiendo a Gérard Vincent, en el último tiempo, el 80 por ciento de las

¹⁶ Testimonio de un sepulturero del cementerio local en una de las visitas realizadas. Noviembre 1994.

¹⁷ Diario “*La Tercera*”, “Reportajes”, domingo 10 de abril, 1994.

¹⁸ VICENT, GÉRARD. “Una historia del secreto”. En *La vida privada en el siglo XX*, N° 9, editorial Taurus, 1991, p. 340.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

personas muere en el hospital, por lo cual se encuentra totalmente medicalizada. Una prueba evidente es cómo se constata la muerte hoy en día. Ayer coincidía con el paro respiratorio percibido por la ausencia de aliento sobre el pequeño espejo colocado delante de la boca del moribundo; más tarde, el dato definitivo pasó a ser el paro cardíaco; hoy es el electroencefalograma absolutamente plano el dato que suministra la prueba de la muerte²¹.

Ayer se hablaba del acto de morir, hoy ya no es posible. La muerte ha dejado de ser el pasaje instantáneo de la vida a la muerte para convertirse en una serie de etapas que pueden escalonarse durante varias horas, incluso durante varios días. Según Aries, "la muerte se ha convertido en el fenómeno técnico derivado de la supresión de los cuidados médicos, es decir, de manera más o menos confesada, de una decisión del médico y el equipo médico"²².

Son precisamente estas últimas consideraciones, la de los historiadores, las que pretendemos abordar en el presente ensayo. Establecer cómo la sociedad sancarlina ha ido, de algún modo, cambiando este ceremonial de la muerte, cómo la modernización está socavando las tradiciones de una población alejada de los grandes centros culturales del país, cómo hoy en San Carlos también se ha dejado de llorar a los muertos, apreciar que ya no se muere en casa, sino que también se ha creado un lugar especial donde velar a los muertos. En fin, queremos mirar la muerte como fenómeno social, en una sociedad tradicional, para descubrir aquellos cambios en la tradición de la población.

EL IMPACTO DE LA MODERNIDAD EN EL FENOMENO DE LA MUERTE

Es innegable el avance que ha experimentado la ciencia médica en estas últimas décadas y la ciudad de San Carlos no ha estado ajeno a ello. Son los beneficios de la modernidad que está viviendo el país.

¿Qué ha pasado con el fenómeno de la muerte en la ciudad? En primer lugar señalar que se ha tomado como punto de referencia algunos años. Específicamente se seleccionaron los años 1951 -1961 -1971-1981-1991. Concretamente el mes de agosto, mes sobre el cual existe toda una creencia popular ligada a la muerte. Centrado exclusivamente en lo anterior podemos aventurar las siguientes consideraciones.

Un primer aspecto posible de observar es precisamente la creencia que en el mes de agosto es cuando la muerte tiene mayor presencia en la población sancarlina. Es común escuchar a personas de avanzada edad decir "quien pasa el mes de agosto se ha salvado de la pelá" como si la muerte fuera propiedad de ese mes. Las estadísticas son clarificadoras para rechazar dicha sentencia popular. En los años considerados, en ninguno de ellos el mes de agosto presenta el mayor número de muertos, siempre es superado por otros meses que suelen coincidir con el invierno, concretamente los meses de junio y julio. Por ejemplo, agosto de 1951 registra un total de 51 muertos, en cambio mayo, junio y diciembre presentan 52, 53 y 66 muertos respectivamente. El mes de agosto del año 1961

²¹ *Ibíd.*, p. 339.

²² *Ibíd.*, p. 340.

presenta un total de 70 fallecidos, siendo sobrepasado por el mes de julio con un total de 78. Agosto del año 1981 tuvo un total de 26 muertos, en cambio los meses de junio, julio, septiembre y noviembre tuvieron 45, 31, 31 y 36 respectivamente. El año 1991 no constituye la excepción, ya que en el citado mes fallecen 43 personas, en cambio septiembre, 45. En conclusión, la creencia popular, quizás ligada a un fenómeno climático, estadísticamente no tiene asidero.

Donde apreciamos con claridad los beneficios que ha tenido la modernidad para la sociedad sancarlina, es precisamente en la disminución del número de párvulos muertos y en el promedio de edad al momento de fallecer. En los años 1951 y 1961 la cantidad de párvulos muertos (considerados dentro de esta categoría hasta los cinco años) era de 23 y 26 niños respectivamente. En cambio en la década del ochenta observamos un cambio significativo en la disminución de los niños muertos, la cifra llega a 7 y en el año 1991 a 3. La causa de muerte también es otro indicador de este progreso: en el año 1951, las causas más comunes de muerte eran neumonía, deficiencia congénita y feto muerto. En los inicios de la década de los noventa estas causas prácticamente han desaparecido, siendo la más común la asfixia intrauterina²³.

En relación al promedio de edad de muerte, podemos observar la misma tendencia, siendo nuevamente la década del ochenta el período del cambio. Las estadísticas señalan que el promedio en 1951 era de 44 años, en 1961 de 49, 6 años, en 1981 de 70 años y 1991 con un promedio de 70, 1 años. Las causas de muerte más comunes en los adultos eran en los años 1951 y 1961 la T. B. C., la cirrosis hepática y la senilidad; en cambio, en la década de los noventa son el cáncer, la trombosis y el paro cardíaco.

Otro aspecto que evidencia el impacto de la modernidad es el lugar de entierro. En la década del cincuenta y sesenta en San Carlos el patio común era el lugar donde se enterraban preferentemente las personas. Las estadísticas son elocuentes: el año 1951, en el mes de agosto, se enterraron 51 personas de las cuales 38 lo hicieron en patio común, 5 en nicho, 5 en sepultura familiar y 3 en fosa común. En el año 1961 de un total de 70 muertos, 50 lo hicieron en patio común, 10 en nicho, 10 en sepultura familiar. En la década del ochenta ya observamos un cambio significativo, el cual se hará más evidente en los años noventa. En 1981 de un total de 26 muertos, 9 lo hicieron en patio común, 9 en nichos y 8 en sepultura familiar. El año 1991, de un total de 43 entierros, 9 lo hicieron en patio común, 8 en sepultura familiar, 1 en bóveda y 25 en nicho. Con ello queda en evidencia cómo a partir de los años ochenta el nicho se ha ido imponiendo al punto de ser hoy en día el lugar de mayor uso por la población sancarlina. En este cambio de lugar de reposo eterno, sin duda lo social ha jugado un papel importante. Ya es difícil, aunque no imposible, observar un entierro en patio común de una persona cuya familia disponga de medios económicos.

Con estos ejemplos podemos señalar que la modernidad con sus beneficios

²³ En relación a las causas de muerte que se señalan, están basadas exclusivamente en los libros de Estadísticas del Cementerio local. En ellos se registran la causa inmediata de muerte y no necesariamente la que la origina. *Cementerio Municipal de San Carlos*, folios 01-400, 01-175.

ha llegado a la sociedad sancarlina y que también está penetrando en la mentalidad de las personas, constituyéndose la muerte en un ejemplo de ello. Pero hay otros aspectos de la muerte que lo evidencian y que a continuación pasamos a ver.

En décadas pasadas las costumbres que rodeaban a la muerte en San Carlos eran muy distintas a lo que observamos hoy. La utilización del velo en las ceremonias religiosas, por ende en la muerte, era un elemento que no podía estar ausente; llorar a quien partía a lo desconocido era más expresivo; la solemnidad con que se despedía al occiso no es la misma de hoy, al menos así lo evidencian los hechos externos. Hoy difícilmente vemos los velos en los entierros. Se llora más en privado, como que si llorar fuera un acto que no puede quedar expuesto a la evidencia. Antes se velaba al difunto en la casa y allí convergía toda la familia y amigos a rezar y también a compartir la mesa para mitigar el dolor. Debido a la progresiva laicización de la cultura hoy se es más práctico, se lleva a un velatorio y se priva a los parientes y amigos de tener el tiempo de sociabilidad suficiente para compartir con los familiares, los que muchas veces vienen de lejos, siendo el momento de la muerte de un pariente el único instante para compartir. En el velatorio con sus normas impide a muchos pensar y sentir la muerte como algo esencialmente humano.

No es menos cierto que la muerte antiguamente tenía una mayor resonancia. Cuando fallecía un personaje importante toda la comunidad lo sabía y se hacía partícipe del acontecimiento. Hoy difícilmente ocurre aquello. Son los barrios quienes viven más intensamente el acontecimiento de la muerte, es la gente del sector la que coopera y siente la muerte más de cerca. Allí se genera una mística especial. Cada vez se hace más común enterarse días o semanas después de la muerte de una persona conocida.

Otro hecho que permite observar estos cambios es la presencia de las flores. Las flores han ocupado y siguen ocupando un lugar importante en la serie de actos que rodean la muerte. Sin embargo, observamos que para algunos la Corona de Caridad se está transformando en un medio más común de manifestar sus sentimientos de dolor. Ella se ha ido imponiendo como una costumbre que en décadas pasadas no existía, eran más bien ofrendas con carácter reservado que la familia entregaba a la parroquia. Si retrocedemos en el tiempo, específicamente a los siglos coloniales, la persona que veía cercana la muerte procedía a testar y en dicho testamento dejaba gran cantidad de bienes y objetos para la Iglesia con el compromiso de que ésta acogiera su cuerpo en el templo y se preocupara de rezar y encomendar su alma a Dios²⁴. Hoy en el país y en San Carlos no es frecuente, lo que sí se está haciendo frecuente son las Coronas de Caridad.

Pero ¿qué hay detrás de las Coronas de Caridad? ¿Se entienden sus objetivos? De la revisión de anotaciones que en la parroquia local se registran para esta eventualidad, creemos ver que ésta se explica más bien por una cuestión social más

²⁴ Esta realidad se puede observar en un trabajo que realice sobre la Marquesa de Piedra Blanca y Guana quien en su testamento explicita el dinero que deja para las celebraciones propias de su muerte. La cifra alcanzó los tres mil doscientos pesos, que para la época, siglo XVIII, constituía toda una fortuna. CRISTIÁN LEAL, "La Marquesa de Piedra Blanca y Guana: una mujer en La Serena Colonial". En *Bases históricas del desarrollo Regional de Chile*. Actas de la VII Jornada Nacional de Historia Regional de Chile, MCMXCVI, Universidad de Chile, pp. 325-346.

que espiritual; esta apreciación se basa exclusivamente en el desembolso económico que los dolientes hacen²⁵.

La cantidad de dinero que comúnmente se da por una Corona de Candad es de quinientos pesos. Hay personas que entregan mil, dos mil y excepcionalmente cinco mil pesos, pero también encontramos erogaciones de trescientos pesos y menos. Entre los meses de octubre y diciembre de 1992 el mayor aporte que recibió la parroquia por este concepto no supera los 42 mil pesos, dinero aportado por 61 familias, dando un promedio de 686 pesos. Cabe consignar que este funeral correspondía a una persona de nivel social alto. El otro gran aporte lo constituye el funeral de una persona de clase media, celebrado el 26 de noviembre de 1992, con un total de 37. 430 pesos. El aporte fue hecho por 74 familias con un promedio de 505 pesos. Luego observamos cifras que difícilmente superan los diez mil pesos en total. Común son las cantidades de 9. 400, 6. 400 y 4. 400 pesos con promedios que no superan los quinientos pesos.

Es frecuente que tras el aporte de quinientos, mil o más pesos, se inscriban dos, tres o más familias, por lo cual la larga lista que el sacerdote o su ayudante da a conocer en ese instante solemne de la misa, donde toda la comunidad doliente se encuentra presente, no es sinónimo de un gran aporte de los feligreses a la parroquia. Esta realidad adquiere mayor importancia cuando dichos recursos son destinados a satisfacer necesidades básicas de los más desposeídos. Sin embargo, lo relevante para este estudio está en que la práctica de las Coronas de Caridad se está haciendo cada vez más común y son más los que están optando por esta modalidad dejando de ser los canastillos, coronas y cojines los medios exclusivos para manifestar el pesar. Nuevamente observamos que la década del ochenta marca un hito importante en la historia de San Carlos.

LA MUERTE EN LOS SECTORES POPULARES DE SAN CARLOS

En esta parte del estudio nuestra mirada se dirige a un sector social que en estas últimas décadas ha concitado un real interés en los historiadores como lo son los sectores populares. Ciertamente la muerte no hace discriminación social, pero desde un punto de vista de las expresiones externas de la muerte sí las hay. Basta con mirar el desembolso económico que acarrear los distintos actos del morir para una persona de buena situación económica y social. Desde el punto de vista del ceremonial, no sólo religioso sino también civil, son muchas las manifestaciones que se encarecen de acuerdo al nivel social del difunto. La sepultura es otro elemento que marca esta diferenciación social: mientras algunos van a patio común o una fosa común, otros quedan en bóvedas o mausoleos. No es menos evidente en este sentido, aunque ligado con lo cultural, son los discursos fúnebres. En los entierros de los sectores populares difícilmente vemos que alguien haga uso de la palabra; en ello influyen muchos factores, desde culturales a sociales. Son evidentes las diferencias externas sobre la muerte.

²⁵ Es importante hacer notar que la fuente considerada en este punto presenta algunas limitaciones; específicamente el cuaderno de anotaciones es simple, no tiene numeración de hojas ni totales. Las sumatorias parciales y generales fueron hechas por el autor.

Por tal razón, en esta parte del trabajo y sin perder de vista nuestro objetivo, cuál es dejar en evidencia la medicalización de la muerte en los sectores populares de San Carlos, específicamente en aquellas familias calificadas de “indigentes”.

Una primera aproximación nos dice que los indigentes también han experimentado cambios en sus tradiciones y mentalidad para enfrentar la muerte. A ellos el progreso de la modernidad también les ha llegado con sus beneficios y perjuicios. Luego de una revisión en los Archivos del Departamento Social de la Municipalidad local podemos intentar presentar una lectura sobre el punto en cuestión.

Con mucha frecuencia hablamos de los indigentes sin percatarnos siquiera de quienes son. Si nos pidieran definirlos utilizaríamos una serie de conceptos y abreviaturas que los economistas y sociólogos han creado. Algunos hablarían del grupo socioeconómico E o de aquellos que estarían en algún lugar del quintil 1. Pero ¿quiénes son realmente estas personas o familias que reciben el nombre de indigentes? ¿Cómo enfrentan la serie de actos que involucra hoy en día la muerte? Son interrogantes que pretendemos abordar en un primer análisis.

El indigente sancarlino es aquella persona que por lo general vive con la pensión asistencial que la municipalidad le otorga a toda persona que no tiene previsión, que carece de los recursos mínimos para satisfacer sus necesidades básicas y con un nivel educacional bajo; vive junto al resto de los miembros de la familia en el más completo hacinamiento. Se encuentra en algunas poblaciones de la ciudad, dentro del radio urbano, como también en localidades rurales de la comuna, en pequeños poblados. Son personas humildes y esforzadas que ante las necesidades imprevistas de la vida, como un riguroso invierno, un sismo de consideración, la serie de actos que trae consigo la muerte (traslado del difunto, compra de urna, servicio funerario, etc.), acuden a sus vecinos o a la municipalidad. Son personas que han quedado al margen de la sociedad, en el sentido que no han tenido las posibilidades de educación, trabajo, salud y vivienda.

La ficha de antecedentes y las visitas domiciliarias efectuadas por las asistentes sociales de la municipalidad local son reveladoras de la realidad descrita anteriormente. Veamos un par de ejemplos: una persona perteneciente a dicho grupo social y en calidad de familiar de un individuo fallecido solicita ayuda al municipio para darle sepultura. En dicha solicitud entrega antecedentes suficientes que permiten tener una imagen clara de las condiciones que rodean al indigente. Parte de la ficha dice: Viuda, con un montepío de nueve mil quinientos pesos mensuales, analfabeta, con esquizofrenia en evolución. Además vive en calidad de allegada en casa de una prima, en donde ocupa una pieza junto a su hijo de nueve años de edad²⁶.

Otros ejemplos lo constituyen aquellas familias con domicilio en población Araucana, las cuales solicitan ayuda al municipio para solventar gastos de servicios funerarios, sus fichas de antecedentes y visitas domiciliarias son elocuentes. Uno de ellos indica: “Grupo familiar numeroso, tres hombres, dos mujeres y seis niños. El hijo mayor falleció el 26 de abril de 1992. Ingreso familiar de veinte mil pesos, su nivel de educación

²⁶ Ver, *Archivo Departamento Social*, Municipalidad de San Carlos, decreto 732, diciembre 10, 1993.

bajo, no superan el sexto básico. Tres de ellos son analfabetos”²⁷. Similar realidad observamos en otro ejemplo: “Familia en situación de carencia, compuesto por seis personas, tres hombres, dos mujeres y un niño. Dependen económicamente de la pensión de viudez de la madre y el aporte de los hijos que trabajan en la feria libre y como jornalero agrícola haciendo en suma treinta y dos mil pesos. Viven sin jefe de hogar”²⁸. No menos revelador de las condiciones de vida de este grupo social es la siguiente visita domiciliaria que señalaba: “Solicitante soltera, extremadamente carente de recursos, madre de dos hijos naturales... Incapaces económicamente de solventar gastos de urna, traslado y sepultación”²⁹. Finalmente, agregar una visita a un hogar de la población Once de Septiembre: “Pensionada asistencial, vivía sola ya que fue abandonada por su marido hace catorce años. Subsistía de la pensión asistencial decreto ley 869; percibiendo además ingresos esporádicos de parte de un hijo alcohólico que realizaba trabajos ocasionales”³⁰.

La realidad rural no es tan distinta y así lo revelan la ficha de antecedentes y la correspondiente visita domiciliaria. Familia con residencia en la localidad El Carbón, villorrio ubicado a más de 20 kilómetros de San Carlos, compuesta por cuatro personas, sin jefe de hogar, el cual había fallecido en agosto de 1993. Madre analfabeta y sus hijos con una educación que no superó el quinto básico. La visita indica que sus condiciones impiden cubrir los gastos de urna y sepultación del jefe de hogar, del cual dependían³¹.

Este submundo marcado por la carencia de recursos básicos tiene también otros dolores. De los casos estudiados, las circunstancias que rodearon la muerte de las personas son a lo menos dramáticas. Los que fallecieron en la ciudad fueron víctimas del atropello de un tren, atrapados en un incendio, de una hipoplasia medular o de una hidrocefalia congénita. Mueren en el sector rural a raíz de accidentes emanados de su trabajo diario; arrastrados y azotados por un caballo, aplastados por un tractor, o por algún conflicto personal que termina trágicamente. Son las circunstancias más comunes que indican las fichas e informes sociales.

Actualmente, el indigente está muriendo fuera del hogar, es decir, la muerte también se le está medicalizando. En décadas pasadas el indigente, tanto del medio urbano como rural, moría en su casa, en cambio hoy el hospital está ocupando dicho lugar. El indigente sancarlino también tiene la posibilidad de que un médico o equipo médico decida, en alguna manera, respecto de su muerte. Según la información revisada, son varios los casos de personas indigentes que tienen acceso al hospital local como al de Chillán y Concepción cuando la enfermedad es compleja.

²⁷ Ibid, decreto 202, abril 28, 1992.

²⁸ Ibid, decreto 131, marzo 31, 1993.

²⁹ Ibid, decreto 647,

³⁰ Ibid, decreto 368, agosto 18, 1992.

³¹ Ibid, decreto 480, agosto 19, 1993.

Tomaremos un par de ejemplos.

Un informe de la asistente social, con fecha 28 de septiembre de 1993, evidencia lo señalado. Allí se indica la ayuda de ocho mil pesos para la urna y los gastos de traslado del cadáver de un niño de un año cuatro meses, el cual padecía de hidrocefalia congénita, tratada en el hospital Guillermo Brant Benavente de Concepción. Sufrió repentinamente un paro cardiorrespiratorio lo que le ocasionó la muerte cerebral³². Otro ejemplo lo constituye la muerte trágica de un adolescente, el cual tenía domicilio en Buli, villorrio localizado aproximadamente a 15 kilómetros de San Carlos, que fue arrastrado por un caballo dejándolo en condiciones irrecuperables. Su dramático estado ameritó su traslado al hospital Regional de Concepción donde al cabo de unos días encontró la muerte. Su condición de precariedad llevaron a la madre y conocidos a recurrir a la municipalidad para gestionar su traslado³³. La visita domiciliaria indicaba: “Solicitante casada, conforma grupo familiar numeroso. Hijo mayor fallecido a consecuencia de accidente con fecha enero 7 de 1994. Se presenta como problema carencia de recurso para cubrir servicio funerario... Además debió ser trasladado desde Concepción, Hospital Regional, donde estaba hospitalizado”³⁴.

Por último, señalamos el caso de una persona que vivía sola en la población Esmeralda y subsistía con su pensión de invalidez. Su enfermedad derivó en una hemorragia digestiva la cual le ocasionó la muerte en el hospital de Chillán. La municipalidad se hizo cargo de los gastos de traslado y entierro con una suma de cuarenta y cuatro mil pesos. La visita domiciliaria indicaba: “beneficiario indigente, sólo subsistía con pensión asistencial de invalidez. Falleció de hemorragia digestiva en Hospital de Chillán”³⁵. De esta forma queda en evidencia que los indigentes tampoco están falleciendo en su casa junto a los suyos, sino que en la soledad de un hospital pasan los últimos instantes de su vida.

CONSIDERACIONES FINALES

Sin desconocer que el estudio no es más que una primera aproximación al tema de la muerte en una sociedad tradicional, de igual forma podemos aventurar algunas consideraciones.

En primer lugar, señalar que San Carlos, con sus prácticamente doscientos años de historia, ha experimentado un cambio significativo en la década del ochenta del presente siglo. Son varios los aspectos que permiten sostener lo dicho tanto

³² *Ibíd.*, decreto 575, septiembre 28, 1993.

³³ Mientras realizaba la investigación en la Municipalidad pude recibir el testimonio directo de los familiares sobre el trágico accidente y los sentimientos que los embargan, como también la difícil situación económica. Fui testigo del entierro de ese joven de 17 años. Su entierro no incluyó discurso fúnebre y en menos de diez minutos estaba enterrado en un nicho. Prácticamente nadie derramó una lágrima en público.

³⁴ *Archivo Departamento Social*, Municipalidad de San Carlos, decreto 40, enero 10, 1994.

³⁵ *Ibíd.*, decreto 68, febrero 13, 1992.

en lo material como en las tradiciones.

En segundo lugar, la modernidad ha permitido que la gente viva más tiempo, que las enfermedades tradicionales que antes causaban la muerte vayan desapareciendo, que se entierre a los muertos en nichos en vez del patio común, pero al mismo tiempo, ha producido cambios de importancia en las costumbres y tradiciones, como por ejemplo, que las coronas de caridad se estén generalizando, que se llore más en privado a los muertos, que el velatorio comunitario se haya convertido en una alternativa para muchas familias en vez de sus casas, que la medicalización de la muerte sea una realidad no sólo de los sectores más pudientes sino que también de los sectores populares sancarlinos.

Finalmente, señalar que el estudio ha permitido comprender mejor las investigaciones sobre la muerte de Philippe Aries y Gérard Vincent, oportunamente citadas en el trabajo, en cuanto a ser sus postulados una realidad que comienza a vivir la sociedad sancarlina.